

Historia de cuatro sardanas

I

Desde su misma casa oía los primeros toques del "flaviol" anunciando la audición y velozmente, dejando sus juguetes, corría presurosa como si con su rapidez quisiera superar a la de las notas que fluían mágicas y alegres llenando todo el paisaje. Le parecía como si las mismas hojas y los reflejos del sol primaveral, todo el conjunto se moviera al compás del ritmo alegre, audaz, ágil... Luego buscaba una sardana de niñas que supieran tanto como ella pero que no le sobrepasaran en conocimientos porque no le gustaba quedar como la torpe del grupo. Luego corrían por entre los círculos de los mayores jugando, riendo y hasta la sangre intrépida que corría por sus venas se volvía más enérgica y más rápida al compás de las notas. Era feliz y solo algo empañaba su dicha: No conseguía aprender a saltar. Por ello algunas veces se quedaba pensativa ante un rueda de mayores y miraba meditabunda las difíciles filigranas de los expertos. Luego los ensayaba ella misma pero el esfuerzo resultaba inútil, lo que le hacía dar un profundo suspiro con un mohín de fastidio en su pícaro rostro. Y el corazón de la niña, que latía apresuradamente por el esfuerzo, presentía que sería completamente feliz el día en que lograra burlar el enigma y saltar perfectamente una sardana.

II

La niña había crecido. Y ya no lo era. Camino de ser mujer se había transformado en una jovencita bulliciosa y linda. Tenía muchos amigos y amigas y un corazón muy grande que aprendía a querer. Había también un muchacho que aspiraba a ser su maestro. Juntos paseaban por la rambla, una y otra vez con ímpetu, con entusiasmo, sin cansancio, ni frío, ni calor, invierno y verano. Y un domingo una cobla se vistió de gala y fue a ejecutar unas piezas. Las primeras notas avisaron a la muchacha, la cual, se arregló apresuradamente y sin es-